

UN SINODO FRACASADO

«El sínodo de 210 obispos de todo el mundo en Roma levantó una gran esperanza; pero hoy esta esperanza está muerta». Así se han manifestado los comentaristas que han vivido, día tras día, esta asamblea consultiva que ha convocado el Papa Pablo VI.

Otros la han llamado «una asamblea por la puerta falsa», y los más discretos se apresuran a indicar que «la decepción no es inquietud», como acaba de escribir el famoso conferenciante padre M. Riquet, S. J., en el periódico parisino *Le Figaro*.

Nuestro cardenal primado y arzobispo de Madrid, Monseñor Vicente Enrique Tarancón, se apresuró a decir, hace ya días, lo mismo que subraya ahora la prensa francesa de orientación católica: «Que este sínodo no era un tercer Concilio Vaticano, porque por su constitución misma no es nada más que un órgano consultivo destinado a informar al Papa y, por tanto, a ayudarlo en el gobierno de la Iglesia. Por eso el Papa, durante estas seis semanas que ha durado el sínodo, se ha limitado a escuchar las intervenciones de los obispos, que hablaban en nombre de sus conferencias episcopales y de su pueblo de creyentes». (M. Riquet, S. J.: *Le Figaro*, 9 noviembre 1971.)

Otros hicieron ver que los textos sobre el sacerdocio católico eran incluso menos claros que las enseñanzas oficiales del Concilio Vaticano II, y que se ha invertido un tiempo excesivo en discusiones bizantinas sobre el celibato del clero, como si tuviera tanta importancia este detalle, siendo así que lo grave es el planteamiento mismo del sacerdocio ministerial, tal y como lo requeriría el futuro de la Iglesia en este mundo en vertiginosa y profunda transformación. La prueba está en que el porcentaje mayor de crisis en el clero no proviene principalmente de problemas afectivos, sino que casi siempre comienza por una desorientación acerca de cuál sea la misión del sacerdote en este mundo nuevo que comienza. Y a partir de ella proviene o la crisis afectiva o la crisis de fe; pero no al revés.

Por otro lado, se ha sido tan tímido en las cuestiones de justicia que casi podríamos decir que ha tenido razón uno de los más conservadores entre todos los obispos del mundo católico, como es el arzobispo de Génova, Monseñor Siri. Siguiendo los cánones de la educación latina, recibida en los antiguos seminarios, se dedicó a hacer elegantes disquisiciones sobre la palabra «justicia», y utilizando en un exquisito lenguaje aforismos de Cicerón, llegó a una serie de frases evasivas y puramente formales que resumió otro obispo en esta frase: «La Iglesia tiene una doctrina social en la que todo se encuentra resuelto y en su sitio; ¿para qué volver otra vez a replantearla?, lo que hace falta es simplemente aplicarla prácticamente».

Por eso el pastor G. Appia, que relata las incidencias de este sínodo con la mejor voluntad y delicadeza, comenta estas actitudes diciendo que, al escucharlas, «queda un desplomado por el asombro y la decepción».

En el Concilio Vaticano II hubo una novedad: asistieron diversos observadores protestantes y ortodoxos; pero, en cambio, en este sínodo no ha habido ningún observador ni invitado oficial que no fuera católico. Por eso, el cardenal Marty, arzobispo de París, decía: «Esta ausencia la he lamentado personalmente, porque el tema de la justicia no se puede tratar sin una cierta reflexión ecuménica, ya que se trata de un terreno en donde todos deben participar».

A juzgar por lo que han dicho varios comentaristas en la prensa extranjera, y por las referencias que en la nuestra se han leído, ha habido dos características contradictorias en esta reunión internacional de obispos: por un lado, la sinceridad de algunos prelados, y por otro las presiones y sinuosidades para conseguir que no saliera adelante ninguna decisión claramente abierta y comprometida con el mundo actual y sus problemas de crisis religiosa o de justicia humana.

El obispo vietnamita Nguyen-Kim-Diem exclamó con toda franqueza: «Los obispos han sido encarcelados por haber defendido los derechos de la Iglesia; pero yo me pregunto, ¿cuántos están en prisión por haber defendido los derechos del hombre?».

El obispo Nsubuga, de Uganda, no se mordió los labios al decir a los blancos que estaban presentes: «No se olvide nadie que, por más que se diga, el negro siempre es detestado, maltratado y menospreciado, y se necesita la valentía de decirlo y de defenderlo de verdad, antes de que la paciencia de los negros llegue al colmo». Más claro no se puede hablar, a pesar de las buenas palabras y de los engañosos golpecitos en la espalda que se prodigan, sin apenas consecuencias para con los graves problemas que en África han existido y existen. Todo ello ocurre por la pasividad y el desprecio del mundo blanco occidental; o, a veces, lo que es peor, poniendo antes los intereses económicos de los países desarrollados que la vida humana del mundo negro-africano.

Otra voz llamativa fue la de un prudente inglés, Monseñor Heenan, cardenal primado de Inglaterra, quien pidió que la Santa Sede debería vender algunas de sus propiedades para ayudar a la pobreza y al hambre mundiales. Igual que hace pocos meses pidió el cardenal arzobispo de Sucre, Monseñor Clemente Maurer, quien reaccionó públicamente ante el escándalo de las riquezas de la Iglesia en esta ciudad, estimadas en treinta y cinco mil millones de pesetas (*Le Monde*, 5 agosto 1971). Por eso decía este cardenal, haciendo una confesión pública de conciencia: «Una idea me obsesiona hace mucho tiempo: ¿qué podría uno hacer para que la Iglesia se desembarace de todos los tesoros que ha acumulado?... Hoy se pregunta uno si es posible, ante tanta miseria como existe en el mundo, guardar estas riquezas improductivas. Porque, además, todo este lujo ornamental de las iglesias carece de valor espiritual».

Pero la contrapartida estuvo también clara en la serie de habilidades sutiles por las que se quiso escamotear esta fuerte sinceridad, tanto ante los problemas del sacerdocio como en lo que respecta a la justicia que es necesario promover y defender en el mundo actual. Baste el botón de muestra que ha comentado —con gran alabanza— la prensa de todo el mundo: la sincera intervención de nuestro cardenal primado, Monseñor Tarancón, el día 4 de noviembre.

En esta histórica sesión se descubrió que nuestro cardenal —hombre prudente y sincero— había sido excluido de la comisión que tenía que estudiar las variaciones oficialmente aceptadas en las votaciones, y a pesar de ser el relator oficial del documento sobre el sacerdocio y de tener que estar activamente presente a la hora de esta refundición del trabajo votada por los obispos del sínodo. Preguntado por la presidencia sobre el sentido de los sibilinos textos a elegir sobre el tema de la ordenación sacerdotal de hombres casados, tuvo que decir clara y tajantemente que no podía contestar sobre su sentido, ya que nada sabía porque había sido excluido de la comisión que había preparado estos textos. La ovación cerrada y prolongada que siguió fue totalmente espontánea y de plena adhesión a esta sincera actitud, a la que siguió la de Monseñor Ferrari-Toniolo, quien denunció, con datos en la mano, que no se había cumplido el reglamento.

Parece enteramente que Casanova tuvo razón en sus *Memorias*, publicadas en 1744, diciendo: «El hombre que va a gestionar alguna cosa a Roma debe ser flexible, insinuante, pérfidamente sincero, paciente y aparentando saber menos de lo que sabe; frío como el hielo, cuando cualquier otro en su lugar herviría de pasión o de cólera. Y si desgraciadamente no tuviera religión en su corazón, debía tenerla en su cabeza... Y si aborrece esta conducta, lo que debe hacer es marcharse de Roma y buscar el éxito en otra parte».

MIRRET MAGDALENA